

Julio Llamazares

El río del olvido



El autor regresa a los paisajes de una infancia ya perdida a través de un viaje que le llevará a recorrer parte de montaña leonesa, bordeando el curso del río Curueño, y que develará a su paso un escenario «tan hermoso como sobrecolector y tan espectacular como perturbador para el espíritu y el alma». Es también una descripción de un mundo que agonizaba cuando el viajero se echó al camino (verano de 1981).

A través de una prosa bella e intimista y un lenguaje minucioso, Julio Llamazares nos muestra la fascinación, la nostalgia y el cariño que le provoca un paisaje que «guarda memoria en sus piedras del paso feroz del tiempo» y nos revela ese mundo rural, ese territorio que forma parte de nuestra historia y nuestra memoria.

El río del olvido es, además, una magnífica reflexión sobre lo que significa el viaje: esa experiencia personal que se hace colectiva al relatarla.

Este libro está dedicado a Mariano Rubio, Ángel «Modoso» Segura y Juan Ramón Alonso, que hicieron con el viajero todo o parte del camino. Y a *Bruna*, que nació en el Curueño.

Prólogo a la presente edición

Se cumplen este año los veinticinco del viaje que realicé por el río Curueño del que surgiría este libro. Un libro que apareció nueve años más tarde y que ahora reedita la editorial Alfaguara después de haberse agotado en las librerías. Mi agradecimiento, pues, a la editorial por su confianza en esta antigua obra.

En los veinticinco años que han transcurrido desde aquel viaje, mucha agua ha pasado por el Curueño. Tanta como para que los personajes de este relato hayan desaparecido en una gran parte y como para que la vida en aquella zona haya cambiado sustancialmente. De las tres mil personas que habitaban las aldeas del Curueño, por ejemplo, en el verano de 1981 hoy no llegan a las mil y, en paralelo, su actividad se ha reducido a niveles mínimos. Por el contrario, las infraestructuras de las que ahora disponen han mejorado notablemente, así como su nivel de vida, lo que no impide que, salvo en el verano, los pueblos estén vacíos prácticamente. Para bien y para mal, el desarrollo y sus consecuencias han dejado su huella en esas aldeas, como en muchas otras de este país, especialmente las de montaña.

Así pues, este relato ha adquirido un valor testimonial ajeno a mis pretensiones cuando decidí escribirlo. Mi única intención entonces era retratar un mundo y hacerlo desde la óptica del escritor, más que desde la del estudioso. Esa intención es la que sigue vigente en mí, por más que las

circunstancias la puedan modificar a los ojos de algún lector, incluso a los de sus protagonistas. La literatura de viaje no significa para mí más que lo que significan otras, esto es, una forma de indagar en mis ideas y un modo de contrastarlas con la realidad que vivo. Insisto en esta cuestión, ya que a veces no parece quedar clara.

Por último, quiero señalar que he aprovechado esta ocasión para corregir el texto, no tanto en su contenido, que no he tocado, como en su formalidad, que, ésta sí, acusaba, en mi opinión, el transcurso de esos veinticinco años. Pido perdón por haberlo hecho a quienes, por encima de las ideas del propio autor, consideran que un texto impreso es sagrado.

JULIO LLAMAZARES

Septiembre de 2006

Paisaje y memoria

El paisaje es memoria. Más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existe ya como reflejo de sí mismo en la memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a ese paisaje.

Para el hombre romántico, el paisaje es, además, la fuente principal de la melancolía. Símbolo de la muerte, de la fugacidad brutal del tiempo y de la vida —el paisaje es eterno y sobrevive casi siempre al que lo mira—, representa también ese escenario último en el que la desposesión y el vértigo destruyen poco a poco la memoria del viajero —el hombre, en suma—, que sabe desde siempre que el camino que recorre no lleva a ningún sitio. Para el hombre romántico no es la mirada la que enferma ante el paisaje; es el paisaje el que termina convirtiéndose en una enfermedad del corazón y del espíritu.

En esa convicción —y en la intuición lejana de que el paisaje y la memoria, en ocasiones, son lo mismo—, me eché un día al camino, en el verano de 1981, a recorrer a pie, desde su muerte hasta su nacimiento, el río en torno al cual pasé todos los veranos de mi infancia y en cuyas aguas vi por vez primera reflejadas las sombras de los nogales y del olvido. Después de muchos años sin apenas regresar junto a su orilla y de recordarlo sólo por las fotografías, el Curueño, el legendario río de mi infancia, el solitario y verde río que atraviesa en vertical el corazón de la montaña

leonesa enhebrando en torno a él, en sus apenas cuarenta kilómetros de vida, otras tantas aldeas y posadas y toda una cultura, seguía atravesando los mismos escenarios y paisajes de mi infancia, pero yo ya no era el mismo. La memoria y el tiempo, mientras yo recordaba, se habían destruido mutuamente —como cuando dos ríos se unen—, convirtiendo mis recuerdos en fantasmas y confirmando una vez más aquella vieja queja del viajero de que de nada sirve regresar a los orígenes porque, aunque los paisajes permanezcan inmutables, una mirada jamás se repite.

Durante algunos años, el cuaderno de aquel viaje permaneció guardado hasta que, un día, pasados algunos años, decidí retomarlo para convertirlo en libro. La versión que de aquel viaje se ofrece pues en él no es sólo la memoria del paisaje —los paisajes— del Curueño, sino también la memoria del camino. Memoria de un paisaje que un día volví a ver con la sospecha de haber regresado a un río y a un mundo desconocidos y memoria de un camino que recorrí con la convicción creciente de que los caminos más desconocidos son los que más cerca tenemos del corazón.

EL VIAJERO

La Mata de la Bérbula, verano de 1989

PRIMERA JORNADA

Por la ribera, a contracorriente

Amanecer en León

Si el viajero fuera ordenado y serio; y su cuaderno de viaje un diario como Dios manda, este libro quizá pudiera permitirse algún mediano vuelo literario y empezar, por ejemplo, de este modo: «Son las ocho de la mañana de un claro y caluroso día de agosto y León, la vieja ciudad gótica varada como un barco entre dos ríos, dos caminos y, ya pronto, dos milenios, se despereza con desgana bajo el primer rayo de un sol que ya asoma su cabeza ensangrentada entre los altos pinos de La Candamia». O bien: «A las ocho de la mañana, en León, las calles y las plazas aparecen aún desiertas, húmedas todavía por el rocío de la madrugada, y una neblina dulce se enreda en las choperas del Torío y entre los viejos tilos y los castaños de Indias de los jardines en los que una algarabía de pájaros ahoga con sus gritos los últimos sonidos de la noche, etcétera».

Pero, como ni el viajero es ordenado, ni su cuaderno de viaje un diario como Dios manda, sino un montón de hojas llenas de tachaduras y apresuradamente garabateadas, este libro ha de dejar a un lado los adornos literarios y comenzar su andadura de un modo menos poético: «Son las ocho de la mañana de un claro y caluroso día de agosto cuando el viajero, dormido todavía y con los ojos nublados por el sueño, abandona León en su viejo vehículo descuadernado, entre el olor a café de los bares más madrugadores y las bicicletas de los obreros que acuden desde los barrios a sus trabajos en la ciudad...».

Ya en las afueras, el coche del viajero cruza el puente de piedra sobre el Torío, atraviesa por el centro el viejo arrabal judío de Puente Castro y, bordeando las tapias del manicomio y de alguna fábrica, se lanza casi sin fuerzas a coronar el portillo de La Candamia. El viajero va tan maltrecho que ni siquiera se para en el alto a contemplar la ciudad que ha dejado atrás, sumergida en el humo y las brumas fluviales, o a buscar en su agenda los nombres de los santos que con él salen de viaje esta mañana. Con los ojos heridos por el sol y el corazón por el recuerdo de la cama que en León abandonó cuando más familiares comenzaban a hacérselo las sábanas, va quemando kilómetros como un autómatas, entre terrenos baldíos y cementerios de coches abandonados, sin que se sepa muy bien si es él el que conduce su automóvil o es éste el que le conduce a él. Y en ese pensamiento y esa inercia, desandando hacia el este el Camino de Santiago, llega al cruce de Puente Villarente, el lugar en el que, antaño, los peregrinos descansaban antes de entrar en la ciudad y en el que el viajero ha de tomar la pequeña carretera secundaria que, remontando el curso del río Porma, le llevará hasta su unión con el Curueño en Ambasaguas.

La mañana está limpia, el aire es transparente y el coche del viajero, que ahora avanza hacia el norte en dirección a las montañas que ya cortan a lo lejos el perfil del horizonte, atraviesa despacio un paisaje sensual y melancólico, una tierra vetuada de choperas, praderías, cultivos de forraje y plantaciones de lúpulo y de menta en los que se afanan ya los campesinos de los pueblos ribereños. Hatos de vacas contemplan impasibles desde los prados el paso del viajero. Carros cansinos se cruzan con su coche por la carretera. Y, a lo lejos, siempre a su derecha, nubes de humo marcan en la distancia la presencia invisible de unos pueblos que el viajero sólo puede adivinar en los letreros que le van saliendo al paso a medida que avanza por la carretera: Santa Olaja, Secos, Santibáñez, Villafruela, San Cipriano, San Vi-

cente, Villanueva, Vegas... Todos con el común y heráldico apellido del Condado. Todos alineados entre la carretera y el río y rodeados de choperas, como bastiones humildes de una grandeza agrícola y rural hoy ya en total e irreversible decadencia.

Al final, casi veinte kilómetros al norte, la carretera traza su primera curva de importancia, se pierde brevemente entre unos chopos y descubre, al ganar otra vez el horizonte, que la melancolía vegetal de la ribera se ha quebrado de repente. El espigón de un monte ha aparecido justo al frente, como si de la proa de un barco se tratase, abriendo en dos la fértil vega y formando los dos brazos de la i griega que trazan, al unirse, el Porma y el Curueño. Aquí, yendo hacia el norte, se dividen los caminos y las aguas. Aquí se advierte ya, en el paisaje y en el aire, la cercanía de la cordillera. Y aquí, junto al puente de piedra que le separa de Ambasaguas y por el que la carretera continúa hacia Boñar y hacia la estación de esquí de San Isidro, está Barrio, la puerta de la ribera del Curueño y el primer punto de destino del viajero.

En el puente de Ambasaguas

Barrio de Nuestra Señora, que tal es el nombre exacto e íntegro del pueblo (y que, por eso, ayer, 15 de agosto, celebró su fiesta grande, como en seguida se encargan de advertirle al viajero los carteles), apiña su caserío sobre la margen izquierda de la carretera, en torno a la que nace junto al puente y que remonta en dirección a La Vecilla la ribera del Curueño. Pero, en la principal —la que al viajero le ha traído desde el Puente Villarente—, un bar y un par de fondas han sentado sus reales con la sana intención de aprovechar la encrucijada y el pontazgo.

Aún es pronto, sin embargo, para que tanto el bar como las fondas hayan abierto sus puertas. Los vecinos del pueblo deben de andar ahora atendiendo a sus trabajos en las cuadras o en el campo y los veraneantes estarán durmiendo aún, y seguramente hasta tarde, la resaca de la fiesta. El viajero aparca, pues, su coche junto a una de las fondas, contempla la soledad del pueblo y del puente y, con las piernas flaqueándole por la debilidad, se encamina hacia aquél, resignado a hacer tiempo hasta que el bar o alguna de las fondas se digne a abrirle sus puertas.

Apoyado en él está, contemplando cómo el río se desliza mansamente por debajo, cuando ve venir en dirección a él a un muchacho repeinado pedaleando sobre su bicicleta. El viajero, al descubrirlo, se incorpora, endereza a duras penas la figura y espera a que se aproxime.

—Oye, niño.

—Yo no soy un niño —protesta el otro, ofendido.

—¿Ah, no? Pues ¿cuántos años tienes?

—Doce. Y hago trece en septiembre.

El viajero le mira sorprendido. La verdad es que, así, a primera vista, el niño (o lo que sea) no aparenta más de nueve. Pero, como a esas edades las fronteras son equívocas y él no es ningún experto, el viajero decide seguir preguntando y obviar todo tratamiento.

—¿Tú sabes dónde se juntan los ríos?

—Depende.

—¿Cómo que depende?

—Pues eso. Que depende.

—Que depende ¿de qué?

—Pues de que le pregunte a uno de Barrio o a uno de Ambasaguas.

—Ah.

El viajero lo ignora, pero hace ya muchos años que Ambasaguas y Barrio, separados solamente por el río, se disputan el orgullo de acoger en sus términos el lugar de confluencia del Porma y el Curueño. Y, aun cuando toponímicamente al menos aquél haya logrado arrogarse de momento tal honor, la disputa sigue siendo motivo de discordia y discusión entre los habitantes de los dos pueblos.

Pero el viajero lo ignora y, como, además, es dado a entrometerse, insiste en solucionarlo.

—¿Tú de dónde eres?

—¿Yo? De Ambasaguas.

—O sea, que, según tú, se juntan en Ambasaguas.

—Depende.

—Depende ¿de qué?

—De a qué lado esté del puente.

El niño (o lo que sea) no sólo no se encoge ante el interrogatorio del viajero, sino que, a lo que se ve, además de aseado, es diplomático. El niño (o lo que sea), desde el pretil del puente, le indica con la mano.

—¿Ve aquellos chopos? Pues un poco más abajo.

El viajero contempla la chopera que el niño (o lo que sea) le señala. Desde donde ellos están, debe de haber apenas unos mil metros. El viajero comprueba una vez más que las fondas y el bar siguen cerrados y decide acercarse hasta el lugar de la unión de los dos ríos y hacer tiempo hasta que aquéllos se dignen finalmente a abrir sus puertas. Al fin y al cabo, y puesto a andar de extremo a extremo el Curueño, ése es exactamente el verdadero punto de partida de su viaje.

—¿Y por dónde se llega hasta allí abajo?

—Pues puede ir por el camino de Barrio o por el de Ambasaguas.

—¿Y por cuál se llega antes?

—Depende.

—Ya estamos.

—Es que depende, señor. No se enfade.

—Depende ¿de qué?

—De lo rápido que ande.

Esta vez sí, el viajero se da definitivamente por vencido. Esta vez, ya, el viajero ha comprendido que también él debe actuar con diplomacia y, antes de que el niño (o lo que sea) siga hablando, se aleja por el puente hacia Ambasaguas sin volverse siquiera a dar las gracias.

La leyenda de Polma y Curienco

El Curueño, a estas alturas del verano, apenas lograría, por su cauce, la condición y el nombre de riachuelo. El pedregal reseco por cuyo centro corre el río se extiende ante los ojos del viajero como un camino árido y desértico entre la fertilidad sensual de las praderas y los huertos ribereños. Nubes de mariposas reciben al viajero en sus orillas. Saltos intermitentes denuncian en los charcos el vuelo de las ranas asustadas por sus pasos. A medida que el puente va alejándose a su espalda, el río empieza a sumergirse entre una espesa selva de carrizos y espadañas. Atrás quedan también los viejos caserones de Ambasaguas y la impasibilidad azul de la cigüeña que, desde el campanario, contempla los tejados, inmóvil en su nido, sobre una sola pata. Atrás quedan las fondas y el coche del viajero y, en el pretil del puente, el flequillo del niño (o lo que sea), que continúa mirándolo.

Río abajo, la maleza se espesa y el Curueño se deshace en multitud de brazos. Durante largo rato, el viajero, con las botas al hombro y una rama de chopo para ayudarse a franquear sin sobresaltos la corriente, atraviesa rabiones y tablas atraído por el rumor creciente que llena la chopera. Es el Porma, que se acerca, caudaloso y soberbio aun en esta época del año. El sol se ha diluido entre las hojas de los árboles y la humedad se espesa formando con las sombras una única sustancia. El viajero, andando por el agua, contempla sobrecogido la soledad inmensa que,